

El caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hacia la severa imágen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
A otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo

Así demandó en voz alta:
— « Jesús, Hijo de María,
« Ante nos esta mañana
« Citado como testigo
« Por boca de Inés de Vargas,
« ¿Júrais ser cierto que un día
« A vuestras divinas plantas
« Juró á Inés Diego Martínez
« Por su muger desposarla?
Asida á un brazo desnudo
Una mano atarazada
Vino á pesar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires — ¡SÍ JURO!
Clamó una voz mas que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa...
Los labios tenia abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fé,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

TERCERA PARTE.

A ROMA.

Aun niño me contaron
Un no sé qué de Césares y reyes,
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba
Allá en mi débil pensamiento loco
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para finjirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
Circos y templos, acueductos, fuentes,
Trofeos colosales,
Obeliscos triunfales,
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes y oro y ruido,
Y sabios, y vestales, y guerreros
Soñé desvanecido;
Y todo confundido
Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
Del tiempo proceloso,
Que arrebató impetuoso
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado
A impulso de mi jóven fantasía
Volé desatentado
A ver lo atesorado,
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos
Que al ancho Tiber las espaldas doma
Me prosterné de hinojos,
Para tornar los ojos
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
Esa Roma, terror de las naciones,

Desplomada y hundida;
Ramera embrutecida,
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante
Que rabiosos los tigres dividieron,
Y á su raza triunfante
La presa palpitante
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano
Que dió su vida en prenda de mil muertes,
Y el esclavo villano
Con insolente mano
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,
Tus severos y nobles senadores?
Tu gente vencedora
¿En dónde oculta ahora
El sitial de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos
Que nacian señores de la tierra,
Vasallos soberanos
Cuyas potentes manos
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó están esas legiones
Que á su placer la púrpura ofrecian
Y por altas razones
A las otras naciones
Enviaban nuevo rey cuando querian?

¿Dó están esos valientes
A quien seguian miles de soldados
A avasallar las gentes,
Arrastrando insolentes
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caída,
Aquella multitud que iba serena
A tus circos, servida
Con ver cómo la vida
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!
Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,

Pues la prez que te diste
Velarte no supiste,
Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada
A un César un puñal y una corona,
Su raza entronizada
En tu cerviz hollada
Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones
Tus matronas tomó por concubinas,
Por eso á sus legiones
Con tan torpes lecciones
Hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura
Contando como perros sus vasallos,
Quisiera en su locura
Esa progeñie impura
Palacios levantar á sus caballos.

Y por eso de flores
Coronada la sien iban beodos
Esos emperadores
Los crímenes mayores
A presenciar para saberlos todos.

Por eso ardiás, Roma,
Mientras Neron al resplandor cantaba,
Y al par que se desploma
Tu grandeza, el aroma
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras
Morian inocentes los cristianos,
Y tus legiones fieras
En dobladas hileras
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del oriente
Tras el pendon del Redentor divino
Bravo tropel de gente
Vino, y clavó en tu frente
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso mas tarde
Tu hora fatal atentos esperaban
¡Y ansiando que no tarde!
Los que en vejez cobarde
Del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron
Los que tu fértil, opulento y rico
imperio devastaron,
Y en sangre se bañaron
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron
Los hijos de esa raza que aniquila
Cuanta pompa en tí vieron,
Y tus muros se hundieron
Bajo el caballo del sangriento Atila.

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
« ¡Cebaos ahí en carne de villanos! »
Gritaba de ira ciego;

« ¡Que no se encuentre luego
« Uno con libertad de esos romanos!

« Sangre á beber vinimos;
« ¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!
« ¡Doquiera que estuvimos
« Que muestre que vencimos
« La marca funeral de nuestros hierros!

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
« ¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo
« Y hasta su templo llego,
« Venid á verlos luego
« Atados por los pies á mi caballo. »

Y así Atila clamando
Giró en carrera rápida y violenta
Sus tigres azuzando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilan sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa,
Festín de sangre en tu recinto dieron!
¡Oh Roma poderosa!
La sangre generosa
De tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna
Requirió los cendales enlutados
De la sombra oportuna,
Por no ver tu fortuna
Hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?
¿Quién lloró tu agonía?
¿Quién como tú gemía
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,
Víctima del furor de tus tiranos,
Enjugó diligente
El sudor de tu frente
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza mas pura
En vez de tus Penates y tus Lares
Te prestó en tu amargura
Otro Dios de ventura,
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,
Por el antiguo vicio ya estragada,
A tu maldad primera
Volvistes altanera,
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron mas fieros
Con leyes de piedad otros Nerones,

Que lobos carnívoros
Con pieles de corderos
Volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron profanas
A levantarse torpes concubinas
Tus bellezas livianas,
Tornaron las romanas
A aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos
En lugar de tus monstruos imperiales
Otros reyes dañinos
En faz de peregrinos
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa, ¡oh Roma!
Tuya es la culpa, y de tu suelo ardiente
Si te hundió tu carcama,
Del rojo sol que asoma
Por ese azul y voluptuoso oriente!

Culpa es de esos jardines
Que brotan fuentes y árboles y flores,
Y toldos de jazmines,
Que inspiran los festines
Y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,
Aguila vieja cuya frente hollaron
Las negras tempestades
En que tus mil edades
Sobre tu cana frente reventaron;

— ¡A Dios, con tus señores!
Y ¡guai! que mientras tú duermes tranquila
No tornen vencedores
Los tigres vengadores
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guai! no vuelva azuzando
Sus tigres en su cólera violenta
Sin compasión clamando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilan sangrienta:

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
« ¡Sangre, lebreles! — Si sus dioses hallo,
« Y hasta su templo llego,
« Venid á verlos luego
« Atados por los pies á mi caballo. » —

LA NOCHE INQUIETA.

FANTASÍA.

I.

LA ÚLTIMA LUZ.

Hay unas horas sin hora
En que nuestras horas cesan,

Horas que en el alma pesan
Como inmensa eternidad.
Unas horas sin oriente,
Sin occidente y sin nombre,
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere
Escuchar algo el oído,
Y el aire no tiene ruido
Que poderle dar á oír:
En que quiere hablar la lengua
Y se detiene medrosa,
Porque teme alguna cosa
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros
Miramos lo que no vemos,
En que delirar creemos
Y deliramos creer:
Horas en que duerme entero
Este mundo que habitamos,
Y nosotros despertamos
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,
Como antípodas del día,
Estas horas de agonía
Caminando amargas van:
El tiempo abortó esas horas
Para el alma que medita:
Que el cuerpo no necesita
Horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño
Del Labrador fatigado,
Sobre el sueño descuidado
Del indolente señor:
Sobre el del tranquilo esposo,
Y el del necio indiferente,
Y el de la hermosa inocente
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa
De la madre cariñosa,
Que amante, madre y esposa
En un amor goza tres:
Pasan respetando el sueño
Del olvidado mendigo,
Que al dar á la sien abrigo
Deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto
De algun pensador profundo,
Que aguarda mas ancho mundo
De este otro mundo detrás:
Buscan al hombre que piensa,
Y que al pensar que es eterno

Cambiará por un infierno
El posible de ser mas.

Al asentarse en su lecho
A sus párpados llamando,
El ánimo despertando
Por el párpado miró.
Presentósele la sombra
Como imagen de la nada
A la roja llamarada
Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio,
Mira, y los ojos ven sombra,
Habla, y el eco le asombra
Sin responder á su voz :
Solo aprende que es de noche,
Que su mente inquieta vaga,
Que su lámpara se apaga
Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado
El cuerpo con la costumbre,
El ojo busca la lumbre,
Busca el oído rumor ;
Y el alma sin luz ni ruido
Que su pensamiento estorbe,
Vuela libre por el orbe
En pos de mundo mejor.

Pero estando condenada
A la cárcel de la tierra :
Vuelve al cuerpo que la encierra
Para meditar en él.
Entonces sujeta al cuerpo,
Mas que en las rocas se estrella,
Para sentir como aquella
Sentidos le presta aquel.

Débil como el cuerpo entonces,
Por ojos de carne mira,
Y ve lo que ver delira
Por aquel turbio cristal.
Ve que la lámpara seca
La luz postrera derrama,
Y ve en la convulsa llama
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,
Llamaradas de un momento
Que alumbran el aposento
Para ofuscarle otra vez :
Que confundiendo las formas,
Dando espacio á los objetos,
Pintan manchas y esqueletos
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante
Que en torno al pábilo flota,
Aérea, vibrante, rota,

De indefinible color,
Dibuja en los pardos vidrios
Y en las blancas muselinas
Creaciones peregrinas
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes
De diabólicos contornos,
Que en colgaduras y adornos
Nos parece ver girar ;
Ya son gigantes monstruosos
Que desaparecen livianos,
Ya ridículos enanos
Que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,
Ya son repugnantes viejas,
Ya son fantasmas distantes,
Negras visiones *sin luz* ;
Ya son vivientes que pasan,
Ya son antorchas que cruzan,
Cuyo fulgor desmenuzan
Líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío
De estrellas rojas orlado,
U hondo hueco iluminado
Por agonizante hachon :
Ya pardos grupos de sombra,
Ya misteriosos paisajes,
Ya pabellones de encajes
O tapices de crespon.

La llama trémula en tanto
De un momento á otro momento
Su resplandor ceniciento
Amaga inquieta matar :
Flota en el aire exhalada
Del pábilo desprendida,
Y torna al pábilo asida
Segunda vez á brotar.

O lame blanda los bordes
Del vaso que la contiene,
Y á reconcentrarse viene
En el pábilo otra vez :
Y moribunda vacila,
Como vibra y pestaña
Mal herido en la pupila
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil.
De nuestro pavor objeto,
Viene á revolver inquieto
De la llama en derredor :
Y en su fantástico vuelo
Cruzando la luz, parece
Que aumenta en formas y crece
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,
Luego flotante aparece,
Y con la llama se mece
Cual si la hiciera vivir ;
Mil veces la hiende y cruza,
Cual si un espíritu fuera
Que danzara en una hoguera
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama
Volar errante zumbando,
O bien las alas plegando
La opaca lumbre beber.
Se le ve en el vidrio hueco,
Sobre sus piés transparentes,
Sus pasos indiferentes
De uno á otro lado mover.

Y si del fuego aturrido
La claridad evitando
Y su vuelo acelerando
Se le ve cerca pasar,
El rostro se hunde en las ropas,
Y mientras el miedo pasa,
La luz que ilumina escasa
Se acaba al fin de apagar.

II.

EL SILENCIO Y LA OSCURIDAD.

Cuando tras vela afanosa
Fatigados nos dormimos,
Soñamos con lo que vimos
O lo que creímos ver.
Así en tropel misterioso
Se agitan confusamente
Los delirios que la mente
Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan solo
En ella se cobijaron,
Y dentro de ella aguardaron
De revelarse ocasion ;
Que esos fantásticos sueños
Que turban nuestro reposo
Del ánimo religioso
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda
Por descuidado que viva,
En algo el creer estriba
Y en algo estriba el dudar ;
Y alguna vez engañado
Por los que creyó evidencias,
En sus dudas y creencias
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,
La voz y la compañía

Que nos da la luz del día
Impiden pensar tal vez :
Y entonces creencias, dudas,
Dentro del ánimo callan,
Y en el guarecidas hallan
Asilo en su timidez.

Por eso en orgía insensata
El disoluto mancebo
Dice : — « En el licor que bebo
Ahogo cuanto creí. » —
Por eso en placer sumido
Dice el embriagado amante :
— « Yo no creo en este instante
; Vida mía ! mas que en tí. » —

Por eso ante sus monedas
El jugador avariento
Dice con audaz acento :
— « Creo en el oro y no mas. » —
Y por eso el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice osado á su venganza :
— « Honra, satisfecha estás. » —

Pero si en la noche umbría
Tras sueño inquieto despierta,
Cada sentido una puerta
A sus creencias le da ;
Y duda, y teme, y vacila,
Y azorado el hondo pecho,
En derredor de su lecho
Fantasmas fingiendo está.

Su lámpara, ya apagada
Al matar la última lumbre,
Dejó sombra en la techumbre,
Dejó sombra en la pared ;
Cerrado dentro la alcoba
El aire falto de ruido
Escucha en vano el oído
La voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos
La sombra descolorida ;
Con una ilusión mentida
Vienen á tocar al fin ;
Do quier que avaros se tornan
Ven una masa uniforme,
Una sombra espesa, enorme,
Que no se ciñe á confin.

La mente duda medrosa,
Los sentidos se adormecen,
Y embriagados se adormecen
Con cada nueva ilusión :
Todo en la mente se agita,
Todo en la mente se embota,
Todo en torno nuestro flota
En callada confusión.

Y á tanto mirar los ojos,
A tanto oír los oídos,
Fatigados, aturridos,
Rumor oyen, sombras ven;
El ánimo se amedrenta,
Y brotan los pensamientos
Medrosos y antiguos cuentos
Que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco
De un cabello que tropieza
Nos retumba en la cabeza
Con chasquido colosal;
Entonces semeja el roce
De la ropa mal plegada
La voz seca y prolongada
De rápido vendabal.

Entonces es cuando el ruido
De nuestro azorado aliento
Nos parece el sordo acento,
La lejana confusión
De las invisibles alas
De aves mil desconocidas,
Que van cruzando pérdidas
Los aires en rebelión.

Y escuchamos á lo lejos
Huellas de piés recelosos
Y vagidos vaporosos
Que se apagan al nacer,
Y crujen en las vidrieras
Confusos sacudimientos,
Y ahullidos, gritos y acentos
De rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos
A compás de estos rumores
Mil fantásticos colores,
Sombras y delirios mil;
Bultos que ruedan informes,
Círculos de luces bellas,
Vagas y raudas centellas
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto
Pasan, corren, flotan, vuelan,
Y se apagan y rielan
Sin tener luz ni color;
Y parece que cruzando
Por las tinieblas oscuras,
Arrastran sus vestiduras
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,
De esencia desconocida,
Delirios sin voz, sin vida,
Nada pueden, nada son;
Mas sin cuerpos ni colores,
Tienen cuerpos y semblantes

Que los ojos delirantes
Les prestan en su ilusión

Les presta voz el oído,
Y movimientos la mente,
Y vienen confusamente
Mente y oído á acosar,
Y mente y ojos y oídos
Con tan fantástico empeño
Alejan el blando sueño
Y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire
Peregrinas ilusiones
Y frágiles creaciones
De la duda y de la fé,
Donde entre iguales contornos
Una en otra confundida
La miseria de la vida
Y la religión se ve.

Allí entre un miedo mundano
Y entre una creencia errada
Va una idea de la nada
O una olvidada verdad;
Y en tan cumplidas tinieblas,
En silencio tan completo
Se trasparenta un objeto
Inmenso... la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda
Cuando á solas en su lecho
En el reló de su pecho
Sus horas contando está?
¿Quién no cree y no duda entonces
En el silencio y la sombra?
¿Quién pensando no se asombra
Lo que existe *mas allá*?

Porque esos seres aéreos
Que en redor nuestro sentimos,
El rumor que percibimos
En torno nuestro bullir,
Aquel extraño delirio
En que creemos dudando
Que hay quien nos está mirando
Sin podersele impedir;

Ese rumor misterioso
Que con la sombra murmura,
Esa luz leve, insegura,
Que radia la oscuridad;
Ese temor sin objeto
Que la sombra nos infunde
Y en la mente nos confunde
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno
Que nos asalta y aterra,
Que con nosotros se cierra
Importuno á combatir,

Que en monótona algazara,
En ronco y sonoro ruido
Acosa nuestro descuido
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto á quien juzgamos
En nuestra aflicción medrosa
Un ser, un soplo, una cosa
Que nos dice *no sé qué*;
Un *no sé qué* misterioso
Que nos traspasa de miedo,
Que de un labio revoltoso
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño
Con que dormir procuramos
Y con quien tanto porflamos
Que hace inútil nuestro afán,
Son voces de nuestra nada
Que soñando comprendemos,
Y que á gritos — si creemos —
Preguntándonos están.

Por eso si en órgia inmunda
El disoluto mancebo
Dice: — « En el licor que bebo
Ahogo cuanto creí; » —
Por eso si en sus placeres
Dice el insensato amante:
— « Yo no creo en este instante
¡ Vida mía! mas que en tí; » —

Por eso si ante su oro
El jugador avariento
Dice con seguro acento:
— « Creo en el oro y no mas; » —
Por eso si el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice altivo á su venganza:
— « Honra, satisfecha estás. » —

En la sombra de la noche
Con su corazón á solas
Luchan con las turbias olas
De la duda y el temor;
El uno por sus festines,
El otro por su dinero,
Por su honor el pendenciero,
Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,
Ese crepúsculo vago,
Son el reflejo, el amago
Del final de nuestro ser;
Y dudar en el silencio,
Temer en la sombra oscura,
No es ni duda ni pavora,
Es conocerse y creer.

—
Que la sombra y el silencio
Reflejan la eternidad

Como la luz de los cielos
Reverbera en un cristal,
Y recordando su polvo
A la flaca humanidad,
Son clamor de nuestra nada
Que diciéndonos está

« Creed, ó velad. »

Que el no atreverse á creer
Es decidirse á dudar,
Y dudar es tener miedo
De creer una verdad;
Dudar es estar en vela,
Crear es tranquilo estar,
Y es fuerza por duda ó miedo,
Puesto que tan juntos van,
Crear, ó velar.

Pues no es mas el corazón
Que un indestructible altar
De donde nuestras creencias
No se separan jamás;
Y el jugador y el valiente,
Y el disoluto galán,
Tienen allá en la alta noche
Un momento sin solaz
En que sus vagos temores
Y su inquietud y su afán
Les están diciendo á voces
En la muda oscuridad:

« Creed, ó velad. »

Que ese rumor del silencio,
Y esa ráfaga fugaz
Que deliramos que alumbraba
La callada oscuridad,
Y ese temor sin objeto,
Y ese insecto pertinaz
Que zumba, y silba, y se agita,
Sube y baja, y viene y va,
Y ese empeño, esa porfía
Con que en nuestro torpe afán
Procuramos el descanso,
¡ Vive Dios! que no son mas
Que el miedo á nosotros mismos
Que nos impone tenaz
Crear, ó velar.

Es la sombra incomprensible
De ese oculto *mas allá*
Tras de cuyo pensamiento
No alcanzamos á ver mas
Que lo que envuelve la noche,
Silencio y oscuridad.

III.

EL AMANECER.

Y al fin de tanto temer,
Tanto soñar sin dormir,

Y tanto afán,
El alba esperando ver
Cerrándose sin sentir
Los ojos van.

Al menor ruido que oímos
Vuelven á abrirse otra vez
Lentamente,
Mas apenas los abrimos
Tornan á su lobreguez
Muellemente.

Y todavía creemos
Que sentimos y miramos
Desvelados,
Y lo que oímos y vemos
Es solo lo que soñamos
Fatigados.

Todavía en la cabeza
Se agitan los pensamientos
Confundidos,
Y con lánguida pereza
Dejamos sus movimientos
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones
Que nuestro capricho loco
Nos fingía,
Sus medrosas ilusiones
Desvanecen poco á poco
Con el día.

Una luz tibia, insegura,
El quicio de alguna reja
Iluminando,
Sobre la pared oscura
La luz que fuera refleja
Va pintando.

Y en el rayo fugitivo
Que se pierde en el flotante
Polvo leve,
Aquel insectillo esquivo
Cruzando á su torno errante
La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,
Sube, y baja, y huye, y viene
Sin recelo,

Y se pierde, y se retira,
Y sobre la luz se tiene
En ronco vuelo.

De alguna torre cercana
El esquilon nos despierta
Un momento,
Y en una ilusión liviana
Concibe la luz incierta
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente
Y el insecto pertinaz
Que bulle en torno.

Pasan un punto en la mente
Como una sombra fugaz
Sin contorno.

Y en la duda vacilando
Si velamos ó dormimos,
Nos parece
Que el sueño á que nos rendimos
Nos va la luz apagando
Que amanece.

Y pasando del dudar
Al descanso del dormir
Olvidamos
Lo que nos vino á turbar,
Y lo que pudo existir
O soñamos.

Y al despertar otro día
Ya no guardamos memoria
Ni recelo
De la inquietud y agonía,
De la fantástica historia
De aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías
Las horas de nuestros días
Revoltosos,
Las noches de dudas llenas,
Los días llenos de penas
Y azarosos.

Las noches creyendo ver
Lo que habemos de creer
Y dudamos;
Y los días sin pensar
En lo que hemos de soñar
Cuando durmamos.

¡Oh! verted blando beleño,
Tardas noches, en mi sueño
Al resbalar,
Y tras sueño inquieto y largo
No tenga un recuerdo amargo
Al despertar.

SOLEDAD DEL CAMPO.

¡Salve! fértil campiña y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosas las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra os-
Donde tornara al que perdí reposo? cura
¿Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura
De tu arbolado suelo tan frondoso?

¿Quién me diera el pacífico murmullo
De tus olmos mecidos mansamente,
De tus palomas el sentido arrullo,
Y el grato són de tu escondida fuente?

Cuando en tu blanda yerba recostado
Lejos de los impúdicos festines
En apacible trino regalado
Me dormían los sueltos colorines.

Y yo les vía en las latientes plumas
Sostenerse y picar la espesa grama,
Y turbar del remanso las espumas,
Y en el árbol saltar de rama en rama.

¡Ay cuánto habrán los afanosos días
Hollado tanta gala y donosura!
¡Cuántas tormentas al pasar bravías
Habrán roto tan frágil hermosura!

¡Cuán mal sonara ya mi voz mundana
Bajo ese techo de hojas campesino,
Sobre esa alfombra espléndida y liviana
Que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡lejos ya de mi tan torpe empeño!
Apagaré el compás del arpa loca,
Y de tus aves el sabroso sueño
No turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,
Con ver de lejos tu silvestre pompa...!
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte
En lágrimas de amor cansado rompa.

Que nada son los fáciles laureles
Con que el mundo nos brinda lisonjero
Si al prestarnos su manto de oropelos
Rasga y desnuda el corazón primero.

Cuando seguí desatentado y loco
Del mundano placer las torpes huellas
Aprendí que el placer vale bien poco...
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.

Y siempre cuando en órgia estrepitosa
La perfumada copa levantaba
Al apartarla de la faz jugosa
En el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre el són de la caliente fiesta,
Las canciones, la báquica armonía
Me hacia apeteecer la blanda siesta,
Y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana,
Y siempre en su tañer la danza impura
Me acordaba la música villana
Con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores
La sien tocaba y el desnudo cuello,
Sin pedir á sus cálices olores
Con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruiseñores suspendidos
Entre grillos y cárceles de oro
Con el ronco tumulto ensordecidos
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,
Y el inmenso salón entapizado
Érale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado suspiraba
¡Oh deleitable soledad campestre!
Por el sosiego y paz que en tí gozaba
Bajo tu tosco pabellon silvestre.

¡Oh que me place, soledad sabrosa,
Del fresco soto y del sombrío ameno
La tibia luz y el aura bulliciosa
Que alumbraba y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila
En el fondo de lóbrega laguna
Cuál resbalaba en ilusión tranquila
La turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,
La verde juncia, y la amistosa yedra
Do tejen campesinas las arañas
Su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito,
Y en tanto que en los hilos se enredaba
Acechábale oculta de hito en hito
La cazadora ruin que le esperaba.

Allí via constante en su fatiga
Ir y venir por la vereda usada
A lentos pasos la afanosa hormiga
Con la futura provision cargada.

Y allí en la rama que la noche fría
Con niebla moja, y con el aura enjuga,
Yo al sol del alba columpiarse vía
En baba frágil la vellosa oruga.

Y allí también, sin fueros de jardines,
Via huertos con parras entoldados
Do había pabellones de jazmines
De las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,
Lirios azules, rosas purpurinas,
Jacintos y sangrientas amapolas,
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando
Cruzábale un arroyo, y amarillas
El césped de la margen salpicando
Le orlaban mil vistosas florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa
Libre de flor en flor volando ufana,
Su librea ostentando revoltosa
De oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,
Ya esquivaba al pasar las otras flores
Avergonzando lirios y claveles
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda
El perezoso caracol salía
Del fresco sulco á la pintada falda
A bañarse en el sol de medio día.

Y sobre alguna fácil eminencia
Estendiendo su cuerpo trasparente
Tornaba á bendecir la Omnipotencia
Los elásticos ojos al oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
Entre los frutos del jardín opimos
La blanca miel que en sus panales deja
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitosa!
En tí de la inquietud de su locura
El fatigado corazón reposa.

¿Quién me tornara á la enramada umbría
Donde ecos tuvo mi cantar primero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
Al blando són del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas
Por la importuna suerte arrebatado
He de cantar en lamentosas rimas
La patria soledad que habré dejado.

¡A Dios! entonces, venturoso suelo
Donde libre nací, pero desnudo,
Cúbrate en paz el compasivo cielo
En tanto que de lejos te saludo.

¡Salve! fértil colina y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno
Libre vagaba el pensamiento mío.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosa las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

SONETO.

Con el hirviente resoplido moja
El ronco toro la tostada arena,

La vista en el ginete alta y serena
Ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja
Pálida de valor la faz morena,
É hincha en la frente la robusta vena
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama :
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama ;

Le obliga el hombre, parte de repente,
Y herido en la cerviz, húyete y brama,
Y en grito universal rompe la gente.

A BLANCA.

¡Oh! que me place, Blanca,
Cerca de mí tenerte
Cuando la noche turban
Nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra
Trémula y trasparente
De las colmadas copas
En los cristales ténues.

Cuando los ojos húmedos
De luz avaros hierven,
Y en cada luz sin tino
Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan
Debajo de tu frente
Tus ojos de azabache,
Y hogueras me parecen!

¡Oh! que me place, Blanca!
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizados
Por los hombros de nieve
Cual pabellón que guarda
Del rocío las sienas.

El cuello sin cendales
El aura mansa orée,
Y el calor de tu seno
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
Entre las copas jueguen
Como niños sin juicio
Ni dueña que les vele.

Así se goza, Blanca :
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

ODA.

Prestadme el dulce canto,
Aves del valle y de la selva umbría,
Y levantad en tanto
Para arrullar mi llanto,
Frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
Tus alas de vapor lánguido mece,
Y en blando movimiento
Con perfumado aliento
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
De vosotros no mas serán oídos,
Que el duelo y los pesares
Solo en nuestros hogares
Ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
Murmura del que llora y del que pena,
Del que placer no siente;
Y el triste eternamente
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano
Que solo da suplicios y agonía,
Y exige soberano
Que llame el triste humano
Imperio paternal su tiranía.

¿Mas qué vale que errante
Y solo de los ecos atendido
Mis amarguras cante,
Y el aire se levante
Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbría
¿No cantan á la par los ruiseñores?
¿No susurra armoniosa
El agua bulliciosa,
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero
Cuando el rocío de su bosque orea
¿No suena lisonjero,
Y en murmullo hechicero
Las yerbas y los árboles menea?

¡Maldita mi locura!
¿No valdrá mas cantar cual ellos cantan,
Que acrecer mi amargura

Los entreabiertos labios
La roja lengua muestren
Formando las palabras
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa
Brotando de repente
La blanca dentadura
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido
Veré cómo turgente
El agitado pecho
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
Do habitan unas gentes
Con lanzas en las manos
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua
Se acechan y acometen,
Velando atentos unos
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
Con torres y con puentes,
Y que cuando unos mandan
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mía,
Estar lidiando siempre
Porque los unos salgan
O que los otros entren!

Sin duda que han perdido
Su vino y sus mugeres
Cuando en tales manías
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa :
Brindemos... Mas ¿qué tienes?
¿Por qué el cendal descíñes
De la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano
Doblas así la frente?
Acaso los licores...
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios;
Tal vez cuando despierte
Mi blando beso en ellos
Acaricie y estreche.

A Dios, hermosa Blanca :
Tranquila y quieta duerme
Y si despiertas pronto
A los licores vuelve.

Mientras en la espesura
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! ven, arpa sonora;
Y rompe loca en himnos bulliciosos,
Cantando seductora
Al són que bulle ahora
De arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,
Y es el mundo no mas pompa liviana,
Y al fin la tierra hendida
Su farsa concluida
Sepulcro universal será mañana;

Cantaré descuidado
Lo inútil de esta misera existencia,
Ya el cielo esté nublado,
Ya en calma y sosegado,
Ya el huracán reviente con violencia.

Porque en verdad, ¿qué importa
El mundanal orgullo y la ventura
De esta vida tan corta,
Si en igual fin aborta
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
Y avasallar la gente,
Y pretender demente
Ser adorado un Dios en Babilonia,

Si por extraño modo,
Sin poder apurar el hondo vaso
Dió el aliento beodo,
Y dió por fin de todo
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
Cantar de Grecia al inmortal Homero,
Y á su nombre en la historia
Dejar alta memoria,
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo
La hermosa Caba, el cetro de los godos,
Si huyendo al enemigo
Dichas y amor consigo
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes
Que esas estatuas hoy le levantemos
De los años triunfantes,
Si sus libros gigantes
A sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
Bustos dorados de los muertos reyes,
Sus palacios y escudos,
Si sus pueblos desnudos
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones
Que sus pueblos se inmolen y combatan
Al pié de sus pendones,
Si sus nobles legiones
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
La grande Roma, de su pompa y brio,
Y su beldad primera...
Esa vieja ramera
Cuyo esqueleto duerme sobre un río?

¿Y qué han salvado apenas
De tal desórden y tamaño estrago
Las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escorbros y memorias...!
Humo de aromas, tumba de tiranos
Que manchan las historias,
Dando en cifras mortuorias
Polvo á la tierra, casa á los gusanos.

Y si esto solo resta,
Si esto por fin de nuestro afán nos toca,
Tonos, arpa, me apresta,
Que quiero en muelle siesta
Reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis piés resbala
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo
Que la arenilla cala,
Y su márgen iguala
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sáuces de su orilla
Le dan manso murmullo y grata sombra,
Y la caña amarilla
La alta cerviz le humilla
Dándole al paso pabellon y alfombra.

Y le saltan trinando
Pardos mirlos y rojos colorines,
Y en su césped posando
Las palomas pasando
Le heben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre
Legue á mi gente con baldon ó fama
En la mansion del hombre,
Y al universo asombre,
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,

Pues ni pierdo, ni espero;
Y otro cante altanero
La gloria de su pátria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Taso, Homero y Cervantes, y murieron,
Y sus pueblos amaron,
Y los pueblos que honraron
Conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino
Sin medida ni fin, coto ni valla,
Do desnudo y sin tino
Si encuentra el peregrino
Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estatuas algun día
Cual dan á Homero y á Cervantes quiero,
Si hoy en la pátria mia
Fortuna tan impia
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido
En que esta vida y tierra se abandona
Libre acaso de olvido
Mi sepulcro escondido
Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente
En mi sepulcro al encontrar mi nombre;
Mas no dirá insolente
Que me pesó en la frente
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo ni espero,
Y otro cante altanero
Las glorias de su pátria y su grandeza.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto
Cantar me place ahora,
Y quédense en-buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

LA MARGEN DEL ARROYO.

¿Qué dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

Ver cómo la yerba blanda
En la márgen se le inclina,
Y cómo crece

De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.

Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raíces someras
Evita par ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.

Ni han de envidiar á los rios
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos
Mas que coronar sus frentes
Las afrentan.

Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspero y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras

Ni ha de envidiar á los mares
De buques la escelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
La voz impía.

Porque tiene en un remanso
Sáuces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.

Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores
La ancha copa

De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores,
Pintada tropa.

¡Oh dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Oh qué es dulce contemplar
El agua los piés venir
A lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder!

Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual
Su camino;
Y aquel trasparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan,
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan.

Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellas,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentir las tan movibles
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada
Medio mosca y medio pez
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso mas cada vez
Se importuna.

Siempre en el mismo lugar
En su afán sin concluir
Noche y día,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.

Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos.
Viendo tal

Que duda el entendimiento
Si duerman al són mecidos
Del cristal.

¡Oh dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

—
¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu márgen
Sus flores abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmin,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí
Bebiendo tus aguas
Libre el colorin,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardín
Que el sol tornasola
De el alto cenit...
Pero ¡ay! ¡que es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!

¡Arroyo, así viven
Los que han de morir
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá julio ardiente
Tu pompa á extinguir,
Y á impulso de oculto
Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raiz,
Perderá tu yerba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz.
Írase estrechando
Tu manso perfil,
Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente
En hilo sutil

Con régia pompa y magestad se asienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el aura sutil esptra aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas,
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
En su verde llanura se derraman,
Y á su confin en playas españolas
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento,
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul, y trasparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Serenos el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras mas remotas
Véñese allí como en otro paraíso
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Creecen allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordán en són incierto
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vides de Falerno allí seorean,
Y los de Jericó mustios cipreses
Con los cedros del Libano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sáuces, altos mirabeles,
Y olivos y granados y morales
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría,
Y por sus anchas y fragantes rosas
Sus rosas la trocará Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiarán sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
La voluptuosa pompa del oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Su curso en la arena
Vendrá á concluir...
¡Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á tí,
Que así van las vidas
Rodando á su fin!

—
Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenegales del valle
Sepultura.

Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.

Ella nunca será mas
Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes extrañas
Siempre solas;

Mas yendo y viniendo días
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frías,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,
Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verla correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

AL ULTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO.

I.

Una ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la prez del mediodía,